

1219

Suplemento cultural el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

25 AÑOS

Viernes 27 de febrero, 2026

ISSN-3061-7391



CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD CAMPESINA

en los valles morelenses a finales del siglo XVIII

Israel Gómez Fernández



Suplemento cultural el tlacuache, núm. 1219, viernes 27 de febrero de 2026, es una publicación semanal editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, Secretaría de Cultura, Córdoba 45, col. Roma, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06700, Ciudad de México.

Editor responsable: Mitzi de Lara Duarte.

Página web: <https://www.revistas.inah.gob.mx/index.php/eltlacuache>

Correo: tlacuache.mor@inah.gob.mx

Reservas de derechos al uso exclusivo: 04-2023-072713391600-107.

ISSN-3061-7391, ambos otorgados por el Instituto Nacional de Derechos de Autor.

Responsable de la última actualización de este número: Mitzi de Lara Duarte.

Centro INAH Morelos. Dirección: Mariano Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos. Fecha de última modificación: 27 de febrero, 2026.

Las opiniones vertidas en los artículos del Suplemento cultural el tlacuache son responsabilidad de los autores.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin la previa autorización del Instituto Nacional de Antropología e Historia.



Órgano de difusión de la comunidad del INAH Morelos

Consejo Editorial

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Raúl Francisco González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

Lorena Reyes Castañeda

Marcela Tostado Gutiérrez

Karina Morales Loza

Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez

Formación y diseño

Mariana Ruiz Delgado

Apoyo editorial

Centro de Información y Documentación (CID)

Apoyo operativo y tecnológico

Crédito portada:

Escenario donde el trabajo campesino, la tierra y la memoria histórica continúan entrelazando los ciclos de cultivo y vida comunitaria. Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2024.

Crédito contraportada:

Práctica tradicional que refleja la continuidad del manejo campesino del paisaje y la adaptación agrícola al clima semiárido del norte morelense. Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2024.

Sigue nuestras redes sociales: [f](#) [i](#) [v](#) [t](#) /Centro INAH Morelos

RESUMEN

En los valles agrícolas morelenses, la identidad campesina se ha construido a lo largo de siglos de interacción entre la tierra, la memoria y la fe. Entre los cerros, las milpas y los manantiales que aún resguardan historias antiguas, las comunidades locales han mantenido viva una cosmovisión donde lo humano y lo sagrado se entrelazan. Desde los rituales prehispánicos dedicados al agua y la fertilidad hasta las festividades en honor a santos católicos que adoptaron el rostro de antiguas deidades, el sincretismo religioso se convirtió en un lenguaje de resistencia y continuidad cultural.

Israel Gómez Fernández:

Estudió la ingeniería, maestría, así como el doctorado en desarrollo rural por la Facultad de Ciencias Agropecuarias en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM). Desde 2019 es profesor en la Licenciatura en Patrimonio Histórico, Cultural y Natural de la Universidad para el Bienestar Benito Juárez García, sede Tlaltizapán de Zapata, Morelos. Su labor académica se centra en el estudio de la identidad campesina, los saberes agrícolas, la migración y los procesos de memoria territorial en comunidades de la región sur y de los Altos del estado de Morelos. Actualmente cursa el doctorado en Antropología en El Colegio de Morelos.



Árbol de amate (*Ficus* sp.) cuyas raíces cubren los restos de un muro colonial; símbolo de continuidad y memoria en el paisaje morelense. Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2024.

CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD CAMPESINA

En los valles morelenses a finales del siglo XVII

Israel Gómez Fernández

INTRODUCCIÓN

A lo largo de los siglos, los valles agrícolas del actual estado de Morelos han sido escenario de profundas transformaciones sociales y culturales que han dejado una huella indeleble en la identidad campesina. Entre la fertilidad de sus tierras, la sacralidad de sus cerros y manantiales, y las tensiones generadas por los procesos coloniales, las comunidades locales construyeron una memoria colectiva que entrelaza lo sagrado, lo agrícola y lo histórico.

Este texto aborda cómo, entre 1750 y 1810, la región sur de Morelos experimentó una reconfiguración de su identidad campesina, marcada por el sincretismo religioso, la defensa del territorio y la resistencia ante las estructuras del poder colonial. En este escenario, la religiosidad popular funcionó como un lenguaje simbólico y político que permitió a las comunidades sostener la continuidad cultural, reafirmar su vínculo con la tierra y resguardar la memoria de sus antepasados. A través de estas prácticas, la fe y el territorio se consolidaron como ejes centrales de la vida comunitaria y como recursos de resistencia frente a las transformaciones coloniales.

CRISIS DEL ORDEN COLONIAL Y RECONFIGURACIÓN IDENTITARIA (1750-1810)

La identidad campesina en México no surgió de manera súbita, sino que se fue configurando lentamente a través de un proceso histórico complejo en el que se entrelazaron la resistencia, la adaptación y la continuidad de tradiciones ancestrales. Las comunidades indígenas, lejos de ser receptoras pasivas de la cultura impuesta por la Corona española, fueron actores activos que reinterpretaron las formas de dominación, dotándolas de nuevos significados. Esta capacidad de reelaborar lo impuesto les permitió mantener vivas muchas de sus raíces, ajustando sus prácticas y creencias a las nuevas condiciones sin perder el vínculo profundo con la tierra ni con la memoria de sus antepasados.

Antes de la llegada de los conquistadores europeos, el mundo campesino estaba íntimamente ligado a la naturaleza. El maíz, más que un alimento, constituía el eje de la vida material y espiritual: simbolizaba la fertilidad, la continuidad de la comunidad y la conexión con las fuerzas que regían el universo, especialmente a través de sistemas agrícolas tradicionales como la milpa. Los ciclos de siembra y cosecha se organizaban conforme a un calendario agrícola estructurado a partir de los patrones climáticos, las estaciones del año y la observación de los astros. En este contexto, cerros, cuevas y manantiales no eran simples accidentes geográficos, sino espacios sagrados asociados con entidades divinas encargadas de mantener la fertilidad, la abundancia y el equilibrio natural. Estos lugares constituían escenarios de ofrendas y rituales colectivos que reforzaban la cohesión social y la identidad comunitaria, en un sistema de pensamiento donde lo humano y lo sagrado se concebían como dimensiones interdependientes de una misma realidad (Broda, 2002).



Habitantes de Ticmán durante la procesión para bendecir los campos, práctica que combina tradición católica y saberes agrícolas. Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2025.



Crónicas como las de Fray Bernardino de Sahagún y Fray Diego Durán describen cómo los pueblos del altiplano central realizaban ceremonias para pedir lluvias o agradecer la cosecha, rituales que siglos después continuarían bajo nuevas formas dentro de las comunidades campesinas del actual Morelos (Durán, 1967; Sahagún, 1956).

Con la llegada de los españoles se produjo una ruptura abrupta. Las estructuras políticas y religiosas prehispánicas fueron destruidas o transformadas, y muchos cultos estatales desaparecieron o fueron perseguidos. Sin embargo, la religiosidad vinculada a la agricultura no se extinguió. Las prácticas rituales se desplazaron hacia espacios más discretos a menudo clandestinos como las cuevas o las milpas, donde continuaron bajo nuevas formas y adaptaciones. De esta adaptación surgió el sincretismo religioso: santos y vírgenes católicas fueron incorporados como figuras que, para las comunidades, sustituían a antiguas deidades mesoamericanas. Tláloc, dios del agua, o Chicomecóatl, diosa del maíz, permanecieron presentes bajo la devoción a santos patronos y festividades cristianas (Beltrán, 1952).

Arco del antiguo acueducto de la ex hacienda de Temilpa Viejo, Tlaltizapán, Morelos. Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2024.

Ante estas presiones, las comunidades campesinas desarrollaron estrategias de resistencia y adaptación. El trabajo colectivo en las milpas, la celebración de rituales agrícolas y la transmisión oral del conocimiento fueron mecanismos que permitieron conservar la memoria histórica y la identidad cultural. Aun bajo la vigilancia colonial, las fiestas y ceremonias se mantuvieron como espacios de reafirmación comunitaria. Muchos rituales continuaron realizándose en lugares sagrados como cerros, cuevas y manantiales que, pese al avance de las haciendas, siguieron siendo centros de cohesión espiritual y social (De la Vega, 1998; Durán, 1967).



Capilla de la ex hacienda de Xochimancas,
Ticumán, Tlaltizapán de Zapata, Morelos.
Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2024.



Durante el periodo colonial, la expansión de las haciendas azucareras transformó profundamente el paisaje y las relaciones sociales de los valles morelenses. Aunque modificó las formas de vida tradicionales, no logró borrar el vínculo espiritual y material con el territorio. A través del trabajo colectivo, las mayordomías y la transmisión oral de saberes agrícolas, las comunidades conservaron su cohesión y reafirmaron su identidad mediante la religiosidad popular y los lazos comunitarios.

Para mediados del siglo XVIII, esta estructura social comenzó a resquebrajarse con la crisis del orden colonial. Las reformas borbónicas, impulsadas por la Corona española, buscaron centralizar el poder y aumentar la recaudación fiscal, afectando directamente la vida de las comunidades campesinas. El azúcar, motor económico regional, se convirtió en un producto estratégico bajo mayor control estatal, lo que redujo la autonomía de los cabildos indígenas y de las Repúblicas de Indios, instituciones que hasta entonces permitían cierta gestión de recursos y defensa de derechos colectivos. Su debilitamiento, junto con la expansión de las haciendas, provocó tensiones crecientes entre las autoridades coloniales y la población rural (John, 2010; González, 2015).



Cohetero en las celebraciones a
San Isidro Labrador, Ticumán, Morelos.
Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2025.



Frente a este panorama de transformación y pérdida de autonomía, los pueblos campesinos respondieron no solo con resistencia material, sino con una profunda reconfiguración simbólica. La religiosidad popular y la memoria colectiva se convirtieron en los pilares de esa reconstrucción identitaria, al fusionar tradiciones ancestrales con el cristianismo popular en una estrategia cultural de defensa y reafirmación territorial. Lejos de representar un simple acto de conservación, esta religiosidad se erigió como una respuesta creativa ante la dominación colonial, enlazando el mundo virreinal con las luchas insurgentes del siglo XIX, donde la fe, la tierra y la memoria continuaron siendo los fundamentos de la identidad campesina y de su búsqueda permanente de justicia (García, 2018; Martínez, 2012; López Benítez, 2020).

La expansión de las haciendas azucareras durante este periodo profundizó la desigualdad social. Junto con el aumento en la producción, se incrementaron las cargas fiscales y la presión sobre los recursos naturales. La concentración de tierras dejó a muchas comunidades sin espacios suficientes para el cultivo de subsistencia o el pastoreo, mientras que el control de las aguas, vitales para el cultivo de la caña de azúcar, generó conflictos abiertos entre campesinos y hacendados (Reynoso, 2007). Estos enfrentamientos no fueron meramente económicos: tocaron el corazón de la cosmovisión campesina, pues la tierra y el agua constituían elementos sagrados y parte fundamental de los rituales colectivos.

Misa y bendición de semillas en Ticumán, Tlaltizapán de Zapata, Morelos. Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2025.





A esta situación se sumaron los efectos devastadores de las epidemias recurrentes, que redujeron la población indígena y provocaron un déficit de mano de obra. Para las comunidades, estas pérdidas significaron no solo la disminución de la fuerza laboral, sino también la ruptura de redes familiares y comunitarias. Muchas familias fueron desplazadas hacia zonas controladas por las haciendas o migraron a otros lugares, debilitando la organización social tradicional. (Malvido, 1985).

En el plano cultural y religioso, las autoridades coloniales impusieron una vigilancia más estricta sobre la vida cotidiana. Las festividades comunitarias que tenían un fuerte vínculo con el ciclo agrícola fueron reguladas o prohibidas, y se intentó erradicar prácticas consideradas “idolátricas” o “supersticiosas”. Sin embargo, estas políticas fomentaron formas sutiles de resistencia. Muchas ceremonias se trasladaron a los espacios domésticos o a lugares apartados, como cerros y manantiales, donde las comunidades podían reunirse sin la presencia de las autoridades (Wobeser, 1983; García, 2018).

En este contexto de represión y transformación, la identidad campesina no se fragmentó, sino que se reconfiguró. La memoria histórica se convirtió en un recurso esencial de resistencia cultural. Los relatos orales evocaban los tiempos anteriores a la conquista y reforzaban el sentido de pertenencia a la tierra. Estas narraciones, impregnadas de elementos cristianos, dieron origen a una religiosidad popular híbrida, en la que los santos católicos convivían con antiguos símbolos mesoamericanos.

La tensión entre dominación y resistencia se manifestó tanto en el plano simbólico como en acciones concretas. Las comunidades organizaron estrategias colectivas para defender sus tierras y recursos, ya fuera por medio de litigios, peticiones ante las autoridades coloniales o rebeliones locales. Aunque muchas de estas acciones no lograron revertir las injusticias, mantuvieron viva la esperanza de recuperar la autonomía y fortalecieron la cohesión interna.

Durante este periodo de crisis se gestaron las condiciones que más tarde darían origen a las insurgencias del siglo XIX. La memoria de la resistencia campesina, la defensa de la tierra y el anhelo de autonomía se convirtieron en ejes movilizadores durante la guerra de Independencia.

En resumen, la identidad campesina en la región se configuró como un proceso histórico dinámico, relacional y resiliente, resultado de la interacción constante entre los saberes ancestrales y las nuevas experiencias impuestas por el orden colonial. Como señala Broda (2002), los sistemas rituales agrícolas no solo organizaron el tiempo productivo, sino también el tiempo simbólico de las comunidades, otorgando sentido y cohesión a la vida social. En este sentido, la religiosidad popular, lejos de ser una simple herencia sincrética, funcionó como advierte Martínez (2012) como una estrategia cultural activa que permitió a los campesinos reinterpretar el cristianismo desde sus propias categorías y prácticas agrícolas.



Misa y bendición de semillas, Barranca Honda, Tlaltizapán de Zapata, Morelos.
Fotografía: Fátima Almazán González, 2025.



Promesa de Tepoztlán, quinto domingo de Pascua,
Ticumán, Tlaltizapán de Zapata, Morelos.
Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2025.

López Benítez (2021) profundiza esta idea al mostrar cómo los rituales ligados al ciclo agrícola en Morelos constituyen una forma de territorialización simbólica, a través de la cual las comunidades reinscriben su memoria en el paisaje, haciendo del trabajo agrícola un acto de fe y de resistencia. Así, los ritos, festividades y ofrendas no solo regulaban simbólicamente la siembra y la cosecha como la espera de las primeras lluvias o las celebraciones a los santos patronos, sino que reforzaban la cohesión comunitaria y la identidad colectiva frente a las transformaciones impuestas por la expansión hacendaria.

Desde esta perspectiva, la identidad campesina no debe entenderse como una simple continuidad cultural, sino como una práctica histórica de resistencia simbólica que articuló memoria, territorio y religiosidad. Tal como advierte Reynoso (2007), incluso en los contextos de mayor presión económica y social, las comunidades mantuvieron formas autónomas de organización y significación de su mundo. Por tanto, el vínculo espiritual con la tierra se convirtió no solo en una herencia del pasado, sino en una fuerza activa que permitió preservar la continuidad cultural y fortalecer la memoria histórica de los territorios campesinos morelenses.



CONCLUSIÓN:

La historia de los valles morelenses durante el siglo XVIII muestra que la identidad campesina no puede entenderse solo como un fenómeno económico o agrario, sino como una construcción cultural profundamente enraizada en la memoria y el territorio. Frente a la expansión de las haciendas, las reformas borbónicas y la pérdida de autonomía comunal, las comunidades morelenses respondieron con una creatividad simbólica que fusionó lo indígena y lo cristiano, lo ancestral y lo colonial.

En esa mezcla de resistencia y adaptación se gestó una forma de pertenencia que ha perdurado hasta nuestros días: la del campesino que, al trabajar la tierra, reproduce y actualiza los vínculos simbólicos y socioculturales que lo conectan con su memoria histórica y con el territorio que habita. Así, los rituales agrícolas, las danzas, las mayordomías y las fiestas patronales no son meras tradiciones del pasado, sino prácticas sociales a través de las cuales las comunidades campesinas reafirman su identidad colectiva y su continuidad histórica en el estado de Morelos.

Hoy, esas mismas expresiones rituales y agrícolas reafirman que la identidad campesina sigue siendo un espacio de resistencia y continuidad cultural, donde la tierra, la fe y la memoria mantienen su fuerza simbólica frente a las transformaciones contemporáneas.

Entre las milpas, la fe y la tradición oral, el campesinado morelense reafirma su vínculo histórico con el territorio, al convertir el trabajo agrícola y la religiosidad popular en prácticas rituales de memoria colectiva y resistencia cultural que sostienen la continuidad histórica y simbólica de los pueblos de Morelos.



Práctica agrícola que evidencia la permanencia de los sistemas de cultivo tradicionales en el corredor nororiental de Morelos.
Fotografía: Israel Gómez Fernández, 2024.





REFERENCIAS:

Beltrán, E. (1952). La religión de los antiguos mexicanos y su influencia en la actual. México: Fondo de Cultura Económica.

Broda, J. (2002). El paisaje ritual: memoria y territorio en las comunidades agrícolas mesoamericanas. México: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

De la Vega, M. (1998). Rituales agrícolas y cosmovisión campesina en el centro de México. México: Colegio de Michoacán.

Durán, D. (1967). Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme. México: Porrúa.

García, L. (2018). Religiosidad popular y resistencia campesina en el sur de la Nueva España (1750-1810). Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

González, M. (2015). Las reformas borbónicas y la crisis de las repúblicas de indios en el siglo XVIII novohispano. México: El Colegio de México.

John, R. (2010). Economía azucarera y transformaciones sociales en la Nueva España del siglo XVIII. México: Instituto Mora.

López Benítez, A. (2020). Territorio, memoria y religiosidad en los pueblos campesinos del sur de Morelos. Cuernavaca: UAEM.

López Benítez, A. (2021). Identidad campesina y religiosidad popular en el valle de Morelos. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Malvido, Elsa & Viesca, Carlos (1985). «La epidemia de coco

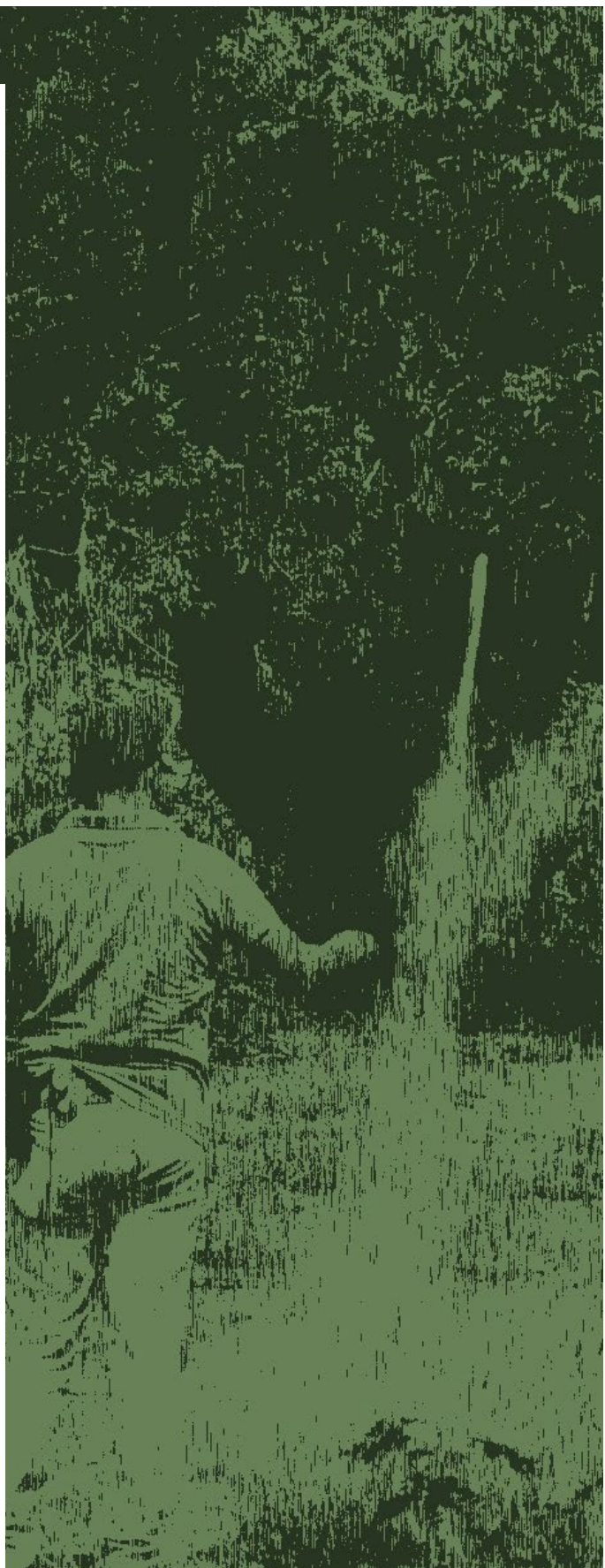
litzli de 1576». Historias. Revista de la Dirección de Estudios Históricos, Núm. 11 (Octubre-Diciembre 1985), pp. 27-34. Editor: Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), Ciudad de México.

Martínez, R. (2012). Sincretismo y resistencia cultural en los pueblos del centro de México (siglos XVII-XIX). Puebla: BUAP.

Reynoso, C. (2007). Las haciendas azucareras en Morelos: trabajo, tierra y conflicto social (1700-1821). México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Sahagún, B. de (1956). Historia general de las cosas de la Nueva España. México: Porrúa.

Wobeser, G. de (1983). La hacienda azucarera en la época colonial. México: SEP/Setentas.





Cultura
Secretaría de Cultura



INAH